

1958

Revista

del Colegio Mayor de

Nuestra Señora del Rosario



Nova et Vetera

SUMARIO :

Artigas, por *Germán Arciniegas*.—En el Escenario de "María", por *Carlos López Narváez*.—Lenormand y el Freudismo, por *Jorge Durán Vélez*.—El Mensaje Espiritual de Efe Gómez, por *José Hurtado García*.—Trascendencia del Pensamiento de Suárez en la vida Colombiana, por *Hernán Guillermo Acosta*.—El Ilmo. señor don Ignacio de Urbina, Monje Jerónimo, por *Mons. José Restrepo Posada*.—Presencia de Bolívar en Bogotá, por *Julio César García*.—El General Agustín Codazzi, por *Eduardo Acevedo Latorre*.—Definición del delito político en el Plan Internacional, por *Eduardo Zuleta Angel*.—Las funciones del Estado, por *Alvaro Copete Lizarralde*.—El Virrey, el Real Acuerdo y los Gobernadores del N. R. de Granada en los años finales de las luchas por la Independencia, por *José María Ots Capdequí*.—El problema de Nariño con la Caja de Diezmos a la luz de las Leyes de Indias, por *Leopoldo Uprimny*.—El delito continuado, por *Hernando Baquero Borda*.—Estudio económico de América Latina, 1957, por la *Cepal*.—Contribución italiana a la estructuración del concepto de número, por *Carlo Federici Casa*.—El maestro del altar de San Francisco, por *Luis Alberto Acuña*.—Los supuestos estéticos y la posición vivencial del médico-artista, por *Alicia Salgar de Benetti*.—Noticias bibliográficas: Comentarios de *Humberto Cuartas Giraldo* y *Ovidio Oundjian Besnard*.—Vida Rosarista.

AÑO LIII

Nos. 447 - 448

Agosto - Octubre de 1958. Bogotá - Colombia

Correspondencia, Suscripciones y Propaganda
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
Calle 14 N° 6-25 — Apartado 72
BOGOTA-COLOMBIA

Suscripción 4 ejemplares\$ 5.00
Número suelto\$ 1.50
Suscripción para el exteriorU.S.\$ 2.00

Publicidad a cargo de "ACCODI LTDA."
Calle 12, N° 5-82, 7º Piso.
Teléfono 429-215
Bogotá.

Los artículos publicados en esta Revista
pueden ser reproducidos citando su origen y autor.





entre confiado...

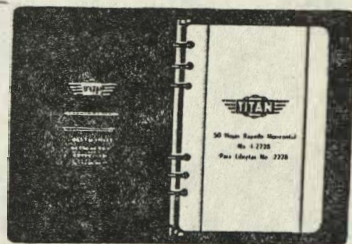
saldrá satisfecho

Esso COLOMBIANA S.A.

Productos



La más completa línea en artículos de papelería



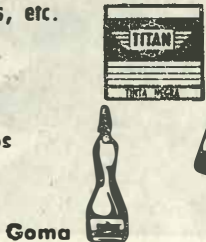
Pastas de argollas



Etiquetas engomadas

Además:
Sobres
Exfoliadores
Libretas
Libros para cuentas
Servilletas, etc.

Los cuadernos mejor calificados



Goma



Tinta estilográfica



← pague
LENTAMENTE
SU
ELEGANCIA! →

Continúe llevando el mejor traje de Colombia, por medio de nuestros cómodos sistemas de crédito: por Club, por Contados, o por Cooperativa.



el traje listo y a su medida!



Universidad del Rosario

Archivo Histórico



LA GINEBRA QUE HA SUPERADO
A LAS IMPORTADAS



Una
vigilante
tradición

AL SERVICIO DE LOS INVERSIONISTAS

Nuestra tradición nos impone el deber permanente de dar a nuestros clientes la asesoría y el consejo más prudentes en todos los campos de la actividad económica. Beneficiése Ud. siendo nuestro cliente

BANCO COMERCIAL ANTIOQUEÑO

El Banco de todos

Fundado en 1912

"LA TABLE RONDE"

—REVISTA MENSUAL DE ALTA CULTURA—

EDITADA EN PARIS POR ÉDITIONS PLON

ENSAYOS, ARTICULOS DE FONDO, COMENTARIOS
DE ACTUALIDAD, CRONICA CULTURAL, ETC. CON
LAS FIRMAS MAS PRESTIGIOSAS DE FRANCIA
Y DEL MUNDO.

LA TABLE RONDE HA PUBLICADO YA:

Les Apocalypses et les idées de fin de monde.

L'Europe, sa complexité, son unité.

L'Italie 1957.

• Don Juan, les faits et les légendes.

• Voltaire au présent.

Le signe de la Croix.

• Le Cinéma par ceux qui font.

• L'Espagne.

• L'Islam.

• Recherche scientifique sur les apparitions et les miracles.

• Le Judäisme.

Lea usted en *LA TABLE RONDE* estudios tan interesantes como estos y otros trabajos de:

R. M. Albérierès.—L. Armand.—E. Berl.—C. Coccioli.—H.

Corbin.—J. Daniélou.—W. Faulkner.—P. Gaxotte.—H. Gui-

llemin.—J. Guitton.—C. Gustav Jung.—N. Kazantzaki.—A. Le

Gall.—C. Malaparte.—H. de Montherlant.—C. Morazé.—Ortega

y Gasset.—A. Parrot.—M. Pradines.—J. Rostand.—D. de Rouge-

mont.—M. Soldati.—A. Thérive.—A. Varagnac.

LOS INTERESADOS PUEDEN DIRIGIRSE A:

A C C O D I L T D A .

Calle 12 N° 5-82.—Of.: 701. Apartado Nal. 1962. Tel. 429215.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

FUNDADOR:

Mons. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

RECTOR:

Mons. José Vicente Castro Silva

REDACTOR Y ADMINISTRADOR:

Gonzalo López Ospina



La responsabilidad de los artículos pertenece al autor

La colaboración es rigurosamente solicitada

(Tarifa reducida en el servicio postal del Ministerio de Correos.

Licencia número 1848.)

Números 447-448.—Agosto-Octubre de 1958.

INDICE:

LETRAS Y FILOSOFIA	Pág.
Artigas, por <i>Germán Arciniegas</i>	11
En el Escenario de "María", por <i>Carlos López Narvdez</i>	30
Lenormand y el Freudismo, por <i>Jorge Durán Vélez</i>	34
El Mensaje Espiritual de Efe Gómez, por <i>José Hurtado García</i>	39
Trascendencia del Pensamiento de Suárez en la vida Colombiana, por <i>Hernán Guillermo Acosta G.</i>	42
HISTORIA	
Un benefactor del Colegio del Rosario: El Ilmo. señor don Ignacio de Urbina, Monje Jerónimo, por <i>Monseñor José Restrepo Posada</i>	56
Presencia de Bolívar en Bogotá, por <i>Julio César García</i>	65
El General Agustín Codazzi, por <i>Eduardo Acevedo Latorre</i>	73
DERECHO	
Definición del delito político en el plan Internacional, por <i>Eduardo Zuleta Angel</i>	77
Las funciones del Estado, por <i>Alvaro Copete Lizarralde</i>	83
El Virrey, el Real Acuerdo y los Gobernadores del N. R. de Granada en los años finales de las luchas por la Independencia, por <i>José María Ots Capdequi</i>	94
El problema de Nariño con la Caja de Diezmos a la luz de las Leyes de Indias, por <i>Leopoldo Uprimny</i>	114
El delito continuado, por <i>Hernando Baquero Borda</i>	130
ECONOMIA	
Estudio económico de América Latina, 1957. <i>Cepal</i>	151
TEMAS CIENTIFICOS	
Contribución italiana a la estructuración del concepto de número, por <i>Carlo Federici Casa</i>	171
ARTES	
El maestro del altar de San Francisco, por <i>Luis Alberto Acuña</i>	180
Los supuestos estéticos y la posición vivencial del médico-artista, por <i>Alicia Salgar de Benetti</i>	185
NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS	
Comentarios de <i>Humberto Cuartas Giraldo</i> y <i>Ovidio Oundjian Besnard</i>	189
VIDA ROSARISTA	
La Colegiatura de Número	194
Acuerdo N° 1 de 1958 de la H. Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, por el cual se nombran Colegiales de Número	196



LETRAS Y

FILOSOFIA

ARTIGAS

Por GERMAN ARCINIEGAS

"Gloria eterna o eterno
oprobio".

En el mes de junio, en 1764, nació José Gervasio Artigas. Dicen unos que en Sauce Solo, otros que en Las Piedras. Debió ser en Montevideo. Montevideo, como Sauce Solo o Las Piedras, eran tierras de la misma rústica estampa. Un compañero de Bougainville, Pernetty, que visitó la ciudad por aquel entonces, escribió: "Hay muchos animales feroces en Montevideo, los tigres sobre todo son muy abundantes y en lo general más grandes y feroces que sus semejantes de los desiertos de Sahara y Biledulgerid." Supongamos que no fueran tantos los tigres, ni tan grandes. Pero eran tigres. Por otra parte, lo que pasaba a Concolorcorvo eran las ratas. Las ratas, decía, se comen las gallinas y los huevos, y por eso son tan caras las gallinas. Las ratas amenazan con destruir las casas. Pernetty vería cuando menos en la casa de cada hacendado un cuero grande de tigre en la sala, y uno de tigrillo a los pies de la cama, trofeos ambos del obligado cazador. Concolorcorvo, a las ratas queriendo roer los cueros. Zum Felde dice: "El Uruguay tiene una breve edad de cuero." Y copia en seguida las palabras de un sociólogo: "Se construían casas con cueros que eran abundantes, como al fundarse Montevideo. Superpuestos, constituyen abrigadas techumbres, como en el toldo del indio. Siendo escasos los clavos, inaudito el alambre, no sospechada la soga de cáñamo o la cuerda de lino, el cuero humedecido proporciona toda clase de cordaje; y crudo, amarraduras, que ni el tiempo aflojará, para suplir escopladuras, ensambles y remaches. Las camas de cuero crudo extendido en su bastidor se ven todavía en la campaña. Las puertas de las casas, los cofres, los canastos, los sacos, las cestas, son hechos de cuero crudo con pelo y aun los cercos de los jardines y los techos

están cubiertos de cueros; los odres para transportar los líquidos, los yolos, las árganas para llevar las sustancias, la tipa, el noque para guardarlas y moverlas, las petacas para asientos, los arreos del caballo, los arneses para el tiro, el lazo, las riendas tejidas. A esos usos hay que sumar el sombrero panzaburro, la cubierta de las carretas, los tientos para enastar las puntas de tijera en las chuzas, la bota de potro, el cojinillo y los dos más originales, tal vez: la pelota para cruzar los ríos, y el enchalecamiento, para los reos, que inventa el comandante español Pacheco. . .”

De la ciudad de cuero se salía a la campaña. En la campaña eran los caballos salvajes, las vacas ariscas, los toros potentes, el cuero vivo, y los gauderíos. De los gauderíos salieron los gauchos. “Los gauderíos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos: mala camisa y peor vestido, procuran encubrirse con uno o dos ponchos de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla.”

Cuando los hacendados se hacían viejos eran patriarcas del pueblo primitivo que levantaban su trono sobre la silla del caballo. Desde el caballo impartían justicia. Su arma era un cuchillo, y su poder el del ojo que vigilaba el hato, medía los saltos del tigre, desnudaba al mentiroso en juicios sumarios de hombres libres. A todos los hizo iguales la lucha del hombre frente a la bestia. Cuando el hombre se enfrentó al hombre vinieron los caudillos. José Artigas fue el primer caudillo. Se hizo el Protector de los pueblos libres contra el español. Pero durante cuarenta y seis años vivió en la oscuridad. Bolívar murió de cuarenta y siete, y al cumplir los cuarenta y siete, Artigas apenas tenía un año de comenzar.

Cuando nació Artigas, el Uruguay era una vaga frontera entre los territorios olvidados de las colonias españolas y los dominios portugueses. Entonces, no había virreinato sino en México, el Perú y la Nueva Granada. El comercio se hacía por el Caribe. Buenos Aires y Montevideo eran dos aldeas grandes que miraban al estuario vacío del Plata. Tenían al fondo las pampas salvajes. El punto de referencia que dio cuerpo político a la sociedad de hacendados de Montevideo fue el cabildo. Martín José Artigas, el padre de José Gervasio, hacendado de crédito que murió octogenario en estado de mendicidad, fue diez veces miembro del cabildo, alguacil mayor y alférez real. En la estancia del Sauce tenía ganado y vacas lecheras, y una casa de piedra techada de paja. Como militar, llegó a capitán de milicias. Cuando nació José, Francisca Antonia, su madre, lo arrullaría en la misma cuna de cuero en donde habían pasado su infancia sus dos primeros hijos, le tiraría luego en un cuero, en el suelo, para que hiciera la gimnasia natural de los chiquillos, le pondría delantal de cuero para que gateara, y cuando estuvo en edad de entender las co-

sas, Martín José le llevaría a la chacra, montado a la cabeza de la silla, si estaba formal, o le daría con el cinturón de cuero en las posaderas para corregirle.

Trece años tenía Artigas cuando se fundó el virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires pasó a ser capital, con virrey a la cabeza, y Montevideo siguió siendo el mero cabildo de un puerto pobre, con unas fronteras lejanas que marcaban la línea del contrabando y de las ambiciones portuguesas. Además estaba la iglesia como puente ideal entre la pampa y el cielo. Quiso el abuelo que Artigas fuera clérigo presbítero. Dejó una capellanía en el testamento nombrando “por primer capellán de ella” a José Gervasio. El muchacho entró a la escuela de los franciscanos en el convento de San Bernardino. Entonces la idea de la independencia estaba muy lejos de preocupar a nadie. Sólo se hablaba de los contrabandistas del Brasil, de los indios, de la frontera. Artigas tenía tres caminos a escoger: clérigo, militar o hacendado. Acabó por aficionarse a las milicias. Se ha dicho que comenzó por contrabandista. “Jugaba mucho a los naipes. . . Tocaba el acordeón.” Cuando tenía catorce años se fue de la chacra paterna a compartir la aventura de los jinetes de la pampa. Impulsos naturales de la juventud. “Correr alegremente los campos, changuear y comprar ganados mayores y caballadas para irlos a vender a la frontera del Brasil, algunas veces contrabandear cueros secos. . .” El contrabando fue una primera expresión de independencia criolla. Burlar las leyes de España, que ya en el subconsciente se tenían por absurdas, era un anticipo de lo que luego vino a ser la razón de todas estas vidas. Artigas, desde entonces, adalid en estas faenas, despertó la admiración de sus rústicos compañeros. Los entendía, lo comprendían, y entre los vagabundos de la campaña se perfilaba caudillo. Sabía montar mejor. Tocaba muy bien el acordeón. Jugaba a los naipes.

Pasaron diez, veinte años. Artigas era ya un jinete serio. Sara Ibáñez, la cantora del héroe, lo recuerda:

Donde instrumenta su caudal la brisa
en los copihues y las pasifloras,
donde su queja celestial se irisa
rosando helechos, esculpiendo moras,
y a la sutil orquestación sumisa
silbos destila en lágrimas creadoras,
allí cultiva el héroe su futuro,
 nombra a la patria y permanece oscuro.

Los hacendados se dirigen al cabildo. Es cosa de espanto —dicen— ver el crecido número de vagos que infectan la campaña, robando diariamente las caballadas de nuestras estancias, saqueando

nuestras casas, robando y llevándose mujeres casadas y solteras, castigando a nuestros peones, sirvientes y esclavos, dejándolos maniatados a los postes para que no estorben sus maldades... Por falta de castigo estos malhechores fomentan el contrabando, abrigan por la campaña a gran número de portugueses que con sus parientes, amigos y conocidos entablan comercio de tabaco negro y se llevan caballadas robadas al reino extranjero.

La solicitud de los hacendados determinó la formación de una milicia que se llamó el regimiento de Blandengues. Artigas entró a él como soldado. Se le dio el mando de una partida. Salió a "perseguir ladrones, contrabandistas e infieles". Llegó a capitán de milicias. Hasta donde llegaran Artigas y los suyos, llegaba la frontera española, la frontera uruguaya. Ellos hacían el mapa sobre el terreno. Artigas crecía, no como un héroe español, ni siquiera como un gran personaje americano, sino capitán de sus jinetes en una tierra perdida, adalid de los hacendados. Llegó entonces a esas mismas tierras un sabio español, Félix de Azara. Gran naturalista, viajero ilustrado de los que en el siglo XVIII trajeron a América ciencia y letras. Venía para fijar la frontera entre las colonias de España y las de Portugal. Tenía que moverse dentro del mismo escenario de Artigas. Artigas con su sable y su potro limpiaba el campo para que Azara fundara poblaciones. Se entendieron los dos. El español se entusiasmó por el jinete uruguayo. El uruguayo encontró la universidad que le faltaba.

Y llegaron los ingleses. En 1806 se presentó un capitán inglés con menos de 2.000 hombres y se tomó a Buenos Aires. Hasta ese día "los pacíficos habitantes de estas Provincias vivían en la más dichosa tranquilidad, amando y reverenciando al Soberano, y a sus representantes los señores Virreyes, y demás Gefes; apreciaban particularmente al Español Europeo, y en suma se podía decir que todos los habitantes no formaban sino una sola familia. La tropa que había era poca y mala, pero aun esta innecesaria para la tranquilidad interior... Los delinquentes eran contenidos con el solo grito de una persona de algún carácter..."

Al golpe físico de la invasión que produjo un choque inesperado en la colonia, siguió la propaganda. Se publicó un periódico, *La Estrella Americana*, en que "se ponía en ridículo nuestro gobierno, nuestras leyes, nuestras costumbres se pintaban con los colores más vivos o por mejor decir se abultaban estremosamente nuestras justicias en tiempo de la Conquista, llamándolas crueldades inauditas, y por último se convidaba a estas Provincias con la perspectiva más deliciosa de que fuesen formando un gobierno independiente vajo la égida de la Ynglaterra".

Por primera vez en el río de la Plata se le vio la tercera dimensión a la república de jinetes de la pampa. Don Santiago Liniers alistó tropas para expulsar al invasor, y pudo conseguirlo. Montevideo se sumó a esta lucha del pueblo, que superaba a las débiles iniciativas de la corona española. Fue un triunfo de los pueblos del Plata. Para afirmarlo se formó un ejército de defensa. Liniers se vio "en la dura necesidad" de acudir a los naturales, de engrosar con ellos las filas, de hacerlos jefes de los nuevos cuerpos de milicias. No se dieron los ingleses por vencidos. Volvieron con 12.000 hombres. Ocuparon a Montevideo, primero, y luego atacaron a Buenos Aires. Los desterró Liniers. Y, cuenta don José María Salazar, "el señor Liniers fue elevado a Virrey de estas Provincias por el pueblo que depuso al Señor Marques de Sobremonte y no se sabe que hubiera trahido peores consecuencias al estado, si la continuación del Señor Sobremonte, y la perdida de estas Provincias que era consiguiente, o si dar el escandaloso exemplo de deponer a un Virrey, pues hai circunstancias en que solo un Angel podría decidir: el resultado fue que viendose los naturales con las armas en las manos, y victoriosos, y con las ideas libres que les havia dado el periodico Ingles empezaron a deponer su natural timidez a igualarse con los Europeos, y a tomar un tono que nunca havian tenido..."



Se fue aclarando la conciencia política, viéndose lo relativo, lo efímero de las grandezas monárquicas. Comenzó a circular, con mayor insistencia cada vez, la palabra soberano aplicada al pueblo. Parecía demasiado decir "el pueblo soberano" en vez del "monarca soberano", pero se dijo. Era como una blasfemia deliciosa. Cuando llegó en 1808 la noticia de que Bonaparte avanzaba sobre España, en Montevideo estuvo más alerta el espíritu de la insurrección que en el resto de las colonias. Se tuvo noticia de que el virrey Liniers estaba por Napoleón, y el gobernador de Montevideo y el Cabildo enviaron una nota a la Real Audiencia de Buenos Aires pidiendo la destitución del Virrey. Fue el primer pronunciamiento popular de nuestra América en la cadena de motines que llevarían a la guerra de independencia. Montevideo comprendía que romper con Buenos Aires era exponerse a graves represalias. Negando obediencia al virrey "traidor", perdía el abastecimiento que le venía de Buenos Aires. Sin vacilar, abrió el comercio a los extranjeros. Convidó a las demás ciudades a que formasen juntas. Al Intendente de Potosí, a que no mandara situados a la capital. Un espíritu federal, de rechazo al centralismo de la capital, nació instintivamente en los uruguayos. Buenos Aires rechazó las solicitudes de Montevideo, y Liniers envió a Michelena para que tomara a su cargo la gobernación y destituyera a Elío, por gobernador insurgente. Cuando Michelena llegó a tomar el gobierno, literalmente lo echaron de la oficina. Y el primer día

de la primavera, el 21 de septiembre de 1808, se formó la junta de gobierno que desconoció al "virrey extranjero", de Buenos Aires. Hermoso modo de saludar a la primavera.

Otra vez el triunfo era del pueblo. Era el pueblo el que había pedido cabildo abierto, y el pueblo el que gritó "¡Junta! ¡Junta!", como en España. Entre los que se sumaron al movimiento estaban gentes de la Iglesia, como el presbítero Pérez Castellano. El obispo de Buenos Aires le prohibió bajo pena de suspensión, celebrar misa, predicar y confesar, mientras figurara en la junta de gobierno. El presbítero le respondió: los españoles americanos somos hermanos de los de Europa, de la misma familia, sujetos al mismo monarca: nuestros derechos son unos mismos. "Los de allá, viéndose privados de nuestro muy amado Rey, han tenido facultades para proveer a su seguridad común... Lo mismo sin duda podemos hacer nosotros, pues somos igualmente libres." Convino el sacerdote en dejar en suspenso sus obligaciones de celebrar, predicar y confesar, como se lo ordenaba el obispo, por acatamiento a su jerarquía, pero "teniendo el honor de haber sido elegido vocal de la junta, ni puedo dejar de cumplir con la sagrada obligación que me ha impuesto la Patria y cuya salud es la suprema ley, ni puedo por ahora comparecer personalmente a dar cuenta de mi conducta al tribunal de V. S. I."



Pasó más de un año. El 25 de mayo de 1810 Buenos Aires dio el grito de independencia. Napoleón se había apoderado de los monarcas españoles, y Buenos Aires decidió constituir su propia junta conservadora del gobierno. Montevideo esta vez se apartó de la capital extremando su adhesión a Fernando VII. Ya no lo hizo porque se lo pidiera el pueblo. Ahora las autoridades burlaban al común concertado. El antiguo gobernador, Elío, recibió nombramiento de virrey. Para Artigas, que desde las invasiones inglesas venía tomando la iniciativa en los movimientos que le daban cuerpo al sentir nacional, vio que la razón estaba en el Buenos Aires de Mariano Moreno, y no en el Montevideo de Elío. El partido monarquista de Montevideo se llamó de los "empecinados". El de Buenos Aires, de la "montonera". Artigas fue a Buenos Aires, y regresó de combatiente de las montoneras. La junta de Buenos Aires le ofreció su apoyo. 150 hombres quedaron bajo su mando. Con ellos se comprometió a llevar el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo. No estaba su fuerza en los 150. Lo mejor era su nombre: Artigas. Se le conocía en la campaña, en las haciendas, donde quiera que un grupo de jinetes comentaba las cosas de la patria. Los paisanos dieron el *Grito de Asencio*, en que la montonera de la banda oriental del Plata, lanzándose al galope, hizo resonar la tierra como un cuero. Tomaron a Mercedes. En seguida, Artigas surgió capitán de las montoneras. Iba a luchar contra los empecinados. Desde

su cuartel general de Mercedes lanzó su primera proclama: "leales compatriotas de la banda oriental: vuestro heroico entusiasmado patriotismo ocupa el primer lugar en las elevadas atenciones de la Exma. Junta de Buenos Aires. . . Dineros, municiones y tres mil patriotas aguerridos son los primeros socorros que os da . . . desmintiendo las fabulosas expresiones del fatuo Elío. . . ¡A la empresa compatriotas! que el triunfo es nuestro: vencer o morir sea nuestra cifra; y tiemblen, tiemblen esos tiranos de haber exitado vuestro enojo, sin advertir que los americanos del Sur están dispuestos a defender su Patria; y a morir antes con honor, que vivir con ignominia en afrentoso cautiverio." De un golpe, Artigas había aprendido el estilo de nuestra guerra de independencia, que se hacía mitad con proclamas, mitad con soldados que no tenían más arma que un caballo, y un cuchillo.

En Montevideo, el virrey Elío vio que la campaña se alzaba contra él. Las montoneras se formaban agrupándose los jinetes solitarios que partían a caballo desbocado para reunirse como hatos de bárbaros salvajes a la voz de libertad. A la maldita voz de libertad. Juzgaba el virrey que no tendría trigo sino para resistir dos meses. Escribía a la regencia pidiendo socorro. Decía que los europeos preferían enarbolar el pabellón inglés antes que someterse a los patriotas. Ordenaba que se combatieran los barcos que llevaran ayuda a las montoneras. Desconfiaba de las propias tropas. ¿Quién podría estar seguro de que los paisanos reclutados a la fuerza no se pasaran a las banderas de Artigas?

Artigas avanzaba. Iba acercándose a su propia tierra. Al Sauce, a Las Piedras, la chacra de su padre. Su hermano mandaba una de las divisiones. Era un campo que conocía él piedra a piedra, árbol a árbol. Los empecinados se habían atrincherado justamente ahí. Tenían cuatro cañones, e infantes y jinetes en número mucho más grande que el de las montoneras. Y pólvora, y balas. Pasaron tres días de lluvias copiosas. Semidesnudos, emparamados, oyeron los patriotas las voces ardientes del caudillo que hablaba de cosas extrañas y hermosas: la patria, la libertad, la gloria. Aprestaron las lanzas, que no eran sino un palo en cuya punta habían atado fuertemente los cuchillos. Amaneció despejado. Si el enemigo tenía pólvora seca, para los de las montoneras el aire limpio era munición mandada por Dios. Se oyeron gritos que debieron causar pavor en los empecinados. Artigas, seguro del triunfo, destacó un cuerpo de los suyos para cortar la retirada al enemigo. Se prometía formar un corral con sus hombres, y dejar entre él, como ganado reducido a la impotencia, a los que tenían el atrevimiento de usar las tierras de su padre como base para ofender a los soldados de la patria.

El problema de Artigas estaba más en frenar el loco impulso de los jinetes y mantener la línea de batalla, que en animarlos. En el parte de batalla decía: Las verdaderas ventajas que llevan nuestros soldados sobre los esclavos de los tiranos, estarán siempre selladas en sus corazones inflamados del fuego que produce el amor a la patria. Ignacio Prieto echó sobre sus hombros el cajón que llevaba las

balas de la artillería, para suplir la falta de caballos. Artigas se hizo a un cañón del enemigo, y a balas. Dios sabe cómo pudo graduar a alguno de sus bárbaros de artillero. Los curas eran tan bravos, y aún más bravos que los jinetes. Con Artigas iban el vicario de La Florida y el de Canelo. Los dos habían colectado en sus parroquias ayuda para la montonera libertadora. Eran curas de a caballo. Vehementes y peleadores. Durante las marchas decían misa, confesaban, y acariciaban su lanza de cuchillo enastado. Cuando vino la batalla, tenían que dar ejemplo. Sus caballos volaron a la vanguardia. Eran, decía Artigas, los bravos campeones.

Al ponerse el sol, el campo de Las Piedras estaba por la patria. De los 1.230 soldados que comandaban los empecinados, 97 quedaron muertos, 61 heridos, 482 prisioneros, "entre los cuales se hallan 186 que tomaron partido en los nuestros". La tropa enardecida por el triunfo hubiera querido tomar venganza en los vencidos, pero "participando de la generosidad que distingue a la gente americana, cedieron a los impulsos de nuestros oficiales, empeñados en salvar a los vencidos."

La montonera llegó a las goteras de Montevideo. Artigas ofreció a Elío una capitulación generosa. Elío le respondió con desprecio, con rencor, con ira, con malicia, con orgullo, con tozudez, y aun con algo de heroísmo. Pero más con malicia que con heroísmo. Aún le quedaba una carta que jugar. Antes izar el pabellón inglés que el de la patria. Antes confabularse con los portugueses que con los paisanos. El sitio no era tan riguroso que no le permitiese comunicarse con la corte de Río de Janeiro. Y pensar que Montevideo había sido la primera ciudad de América en hacer el gesto formal de la independencia...

*
* *

La hermana de Fernando VII, la princesa Carlota, se encontraba en Río de Janeiro. A ella se dirigió el virrey Elío. Carlota respondió al llamamiento y envió tropas del Brasil al mando de Diego de Souza para sostener la ya casi insostenible situación. Cuando Souza pisó tierra uruguaya declaró que venía a pacificar. En efecto: donde caían sus tropas se lo tragaban todo. La infanta doña Carlota escribió a Elío: "He recibido tus dos cartas y me ha sido muy sencilla la noticia de tu actual situación. Bien sabes quanto había trabajado para libertar a esos fieles habitantes de semejantes apuros... Yo he querido siempre cooperar a la defensa de la integridad de la Monarquía Española y a sostener en cualquiera de sus provincias o pueblos todo el respeto y decoro debido a la autoridad Real de mi querido hermano Fernando."

En Buenos Aires ya no presidía el admirable espíritu de Mariano Moreno. Los ejércitos libertadores habían sufrido derrotas en el Alto Perú. Buenos Aires y Elío se mostraban dispuestos a pactar la

paz. No se contaba en Buenos Aires con la voluntad de los orientales, con la de Artigas. Una comisión de Buenos Aires fue a Montevideo a buscar un armisticio, como venían conversándolo en Río de Janeiro los portugueses con el embajador británico, lord Strangford. Era el momento en que España e Inglaterra se habían aliado contra Francia y a Inglaterra no le convenía que España tuviese problemas en el Plata.

Llegaron los comisionados de Buenos Aires a Montevideo. Comenzaron las negociaciones. No podía dejarse de oír a los sitiadores, y se convino en hacer con ellos asamblea en una panadería, la panadería Vidal. Llegaron allí Artigas, los clérigos y unos cien vecinos. Se propuso levantar el sitio, ceder ante lo que se consideraba un sacrificio inútil a la patria. Ahora los empecinados en mantener el sitio vinieron a ser los de Artigas. No se convino en nada definitivo. Los comisionados volverían a informar a Buenos Aires. Pasaron veinte días. Llegó un nuevo comisionado de Buenos Aires, con el proyecto de armisticio. A la faz del universo se admitía que las provincias del Plata no reconocerían otro soberano distinto de Fernando VII. Se proclamaba la unidad indivisible de la nación española. Los de la resistencia, los de la montonera, los "Orientales" se reunieron en una quinta, en *La Paraguaya*, y decidieron nombrar a Artigas jefe de los orientales. Los comisionados de Buenos Aires firmaron el armisticio. Los orientales decidieron obedecer y no cumplir.

"Respeté —escribe Artigas— las decisiones de la superioridad sin olvidar el carácter de ciudadano; y sin desconocer el imperio de la subordinación, recordé cuanto debía a mis paisanos..." Y haciendo relación de lo sucedido a la junta gubernativa del Paraguay, le dijo: "Hablaré con la dignidad del ciudadano, sin desentenderme del carácter y obligaciones de coronel de los ejércitos de la Patria con que el gobierno de Buenos Aires se ha dignado honrarme... Ese gobierno respetable, en la necesidad de privarnos del auxilio de sus bayonetas, creía que era preciso que nuestro territorio fuese ocupado por un extranjero abominable, o por su antiguo tirano, y pensaba que asegurándose la retirada de aquel, si negociaba con éste, y protegiendo en los tratados a los vecinos, aliviaba su suerte si no podía evitar ya sus males pasados. Pero acaso ignoraba que los Orientales habían jurado en lo más hondo de sus corazones un odio irreconciliable, un odio eterno, a toda clase de tiranía; que nada era peor para ellos que haber de humillarse de nuevo, y que afrontarían la muerte misma antes que degradarse del título de ciudadanos que habían sellado con su sangre."

*
* *

Por la campaña asolada vuela la noticia. Se ha levantado el sitio. Los gauchos miran silenciosos al buen Artigas, un hombre como ellos de pocas palabras, de grandes silencios. Un bronce de carne du-

ra. ¿Entregarse? Jamás. Antes que soportar al virrey Elio, antes que quedar a merced de los soldados portugueses, el pueblo todo se iría en marcha multitudinaria a través de los desiertos siguiendo a su caudillo. Al éxodo, a la derrota, o como decían ellos, trastocando la palabra en su hablar primitivo, a la *Redota*. Los unos abandonaron sus haciendas, los otros la ciudad. Esta quedó como tienda vacía. Mil quinientas familias echaron a andar como una república peregrina. Iban ahí los mozos, las mujeres, los viejos, los niños, las bestias, las carretas, a campo traviesa. Dormían a la sombra de los árboles o debajo de las carretas, o simplemente acariciados por la luz de las estrellas. Caminaban bajo duros aguaceros, bajo soles ardientes. Quemaban sus propias casas los que las abandonaban, y los muebles que no podían cargar. De lejos los portugueses, diseminados por la campaña, les perseguían. Era inútil. Se apretaban más y más en torno a su caudillo, al patriarca de cuarenta y siete años, que les guiaba casi a su pesar. Era la redota, la fatalidad de la redota.

En vano quiso Artigas retirarse solo con ejército. La nación entera le siguió. A Manuel Vega le escribió: "Encargo a usted se empuñe en que no salga familia alguna; aconsejándoles usted que les será imposible seguirnos, que llegarán casos en que nos veremos precisados a no poderlas escoltar, y será muy peor verse desamparadas en unos parajes, porque nadie podrá valerlas, pero si no se convencer por estas razones, déjelas usted que obren como gusten." Obrajaron como les pareció. Siguiéron a Artigas. Iban ricos y pobres, hacendados y esclavos, 845 carretas. Mujeres grávidas, mozas, ancianas, viejos decrepitos, niños. Los que se ejercitaban para las milicias hacían ejercicios con palos. "Un poncho hecho pedazos, liado a la cintura, es todo el equipaje de estos bravos." "Tal se presenta enteramente desnudo, rodeado de una familia numerosa."

Así anduvieron meses y meses. Artigas era una estatua viva, animada, ecuestre. Detrás de la estatua, en muchedumbre, iba la república, raza de bronce, pedazo de América moviéndose tras la eterna ilusión de los humildes. Desde los tiempos del éxodo mosaico ha habido las patrias peregrinas, y en la redota de los uruguayos nació la que tuvo a Artigas por patriarca. Canta Sara Ibáñez:

¡Vengan en muchedumbre de batallas
orto escarchado y duro mediodía
a prender en los pechos sus medallas!

¡Venga el andrajo que la piel estría!
¡Venga la fiebre a corromper el viento!
¡Venga la muerte en solo de alegría!

El varón de la patria da el acento.
El oro grave que ensombrece mayo
le sube por la voz y el pensamiento,

y le mira la muerte de soslayo,
porque en vaga tormenta se reclina
y en su frente de miel madura el rayo.

*
* *

En noviembre de 1811 comenzó la redota. En junio de 1812 habían llegado a Ayuí. Manuel de Sarratea se presentó entonces a nombre del triunvirato de Buenos Aires, con pretensiones de ser el jefe de todo el ejército. Ya los portugueses habían salido del Uruguay, y era el momento de poner otra vez sitio a Montevideo. ¿Podía Artigas entregar a Sarratea esa tropa de bravos que le habían aclamado como su caudillo? ¿Se someterían ellos al recién llegado? ¿Cómo entendían los orientales el contrato social que los unía? Cuando los gauchos se vieron abandonados por el armisticio, decía Artigas, "se creyeron un pueblo libre, con la soberanía consiguiente, y en la alternativa de doblar la rodilla ante el tirano que los había oprimido, o entregarse a la desolación o la muerte. Se decidieron por esta última proclamándose su jefe. . . Yo no veo en esto sino unos hombres que abandonados a sí solos se forman y reúnen por sí, contrayendo las obligaciones mutuales que les prescribe el objeto mismo que se proponen llenar. Yo admití la honra con que me distinguieron, me comprometí a guiarlos hasta el fin y eché sobre mí los deberes que son anexos al todo."

No se sometió Artigas a Sarratea. Sarratea lo calificó de traidor. Pero vino el vuelco de la política en Buenos Aires. Belgrano había obtenido un éxito en Tucumán. El pueblo de Buenos Aires, protegido por el cuerpo de granaderos de San Martín, a voces destituyó al triunvirato. Un ejército al mando de Rondeau acudió a poner sitio a Montevideo. A Sarratea se le destituyó en un motín militar. El ejército de los orientales se incorporó al sitio, y Artigas recibió el homenaje de los comisionados de Buenos Aires.

Los incidentes surgidos entre Buenos Aires y Montevideo indujeron a los uruguayos a plantear antes que ninguna otra nación de las antiguas colonias españolas el problema fundamental del federalismo. Los pueblos libres de la banda oriental rechazaron el centralismo de Buenos Aires, y acabaron por propugnar una doble independencia: Independencia de España, e independencia de la capital del Virreinato, independencia de la Argentina. Lo mismo se produjo en toda América. Las provincias de Centroamérica se independizaron de México. Ecuador y Venezuela de la Nueva Granada; Bolivia y Chile del Perú; Paraguay, siguiendo la línea del Uruguay, de Buenos Aires. En las capitales de los virreinos, en México, en Lima, en Buenos Aires, desde donde se había distribuido el riego de las leyes españolas, se hubiera querido por las oligarquías mantener este privilegio, y contra ella se levantaban las aspiraciones de lo que Artigas llamó los pueblos libres.

Al ser restituido a su calidad de capitán de los orientales para continuar el sitio de Montevideo, Artigas reunió su congreso de los orientales. Quería remozar el pacto roussoniano, fijar con exactitud el alcance del pacto social en ese momento, ir a Buenos Aires con una serie de puntos que sirvieron de amparo a la autonomía uru-

guaya. Al abrir su congreso, dijo Artigas a los diputados: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana." Y resumió de estas palabras su teoría del contrato: "Ciudadanos: los pueblos deben ser libres. Ese carácter debe ser su único objeto, y formar el motivo de su celo. Por desgracia, va a contar tres años nuestra revolución, y aún falta una salvaguardia general al derecho popular. Estamos aún bajo la fe de los hombres, y no aparecen las seguridades del contrato. Es muy veleidosa la probidad de los hombres: sólo el freno de la Constitución puede afirmarla. Mientras ella no exista es preciso adoptar las medidas que equivalgan a la garantía preciosa que ella ofrece."

Es de maravilla ver cómo la lección del *Contrato Social* pudo penetrar con tal eficacia en una nación de rústicos hacendados, en la gauchada casi analfabeta, hasta dejar a sus caudillos en condiciones de hablar con un lenguaje jurídico seguro, que definió para un siglo, y más, el espíritu federal que aún lucha por imponerse en América. Es notable que en 1813 se hubiera visto con tal claridad el peligro de concentrar en las capitales de los viejos virreinos el poder político de repúblicas que apenas se dibujaban bárbaramente en la mente de los hijos de la revolución.

*
* *

Buenos Aires había convocado a congreso, para dar constitución a las provincias, para poner en limpio el contrato. Los orientales eligieron a sus representantes y les dieron instrucciones. Ellos pedirían en primer término, "la declaración absoluta de la independencia de estas colonias. Que ellas están absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona de España y a la familia de los Borbones, y que toda conexión política entre ellas y el Estado de España es y debe ser totalmente disuelta". De ahí desprendían los demás principios. No admitir otro sistema que el de la Confederación para el pacto recíproco con las provincias. Promover la libertad civil y religiosa en toda la extensión imaginable. Dividir los tres poderes que jamás podrán estar unidos entre sí y serán independientes en sus facultades. "El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos." Era la hora en que se estaba peleando para expulsar de América a los soldados españoles, pero ya se veía el peligro de que las tropas republicanas pudieran amenazar las libertades de los vecinos. "La constitución garantizará a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicano, que asegure a cada una de ellas de las violencias domésticas, usurpación de sus derechos, libertad y seguridad de su soberanía, que con la fuerza armada intente alguna de ellas sofocar los principios proclamados. Y asimismo prestará toda su atención, honor, fidelidad y religiosidad, a todo cuanto crea o juzgue necesario para preservar a esta provincia las ventajas de la libertad, y man-

tener un gobierno libre, de piedad, justicia, moderación e industria."

Las instrucciones las firmaban los del congreso como ciudadanos. No usaban de títulos. El sacerdote que iba al congreso, en el congreso no era sino un ciudadano. El general, un ciudadano. Artigas decía: "Los títulos son los fantasmas del Estado."

¡Y Buenos Aires rechazó a los diputados orientales! Era el choque fatal entre el centralismo y el federalismo. Artigas no representaba sólo al federalismo de Montevideo. Era también al de Corrientes, al de Córdoba, al de Entre Ríos, al de Santa Fe. Se retiró del sitio de Montevideo. Salió solo y en traje de paisano. Todos se fueron tras él. Los soldados amigos del centralismo consideraron de nuevo a Artigas traidor. Posadas, que asumió el gobierno, puso precio a su cabeza: 6 pesos al que lo entregue vivo o muerto. El coronel Holmberg quedaba facultado para pasar por las armas a los jefes disidentes, de Artigas para abajo.

Cuando Montevideo capituló, quienes obtuvieron a última hora la victoria, y quienes la habían preparado, se encontraron frente a frente. En Buenos Aires los centralistas llegaron a ser tan celosos de los de Artigas, que llegaron a ofrecerle a Inglaterra la colonia para que hiciera de ella algo mejor que lo que podría esperarse de los gauchos bárbaros. Hubo combates entre argentinos y uruguayos. Pero vino el triunfo de Fructuoso Rivera en los Guayabos que llevó a Artigas a dominar en su banda oriental, y entraron en acuerdo porteños y uruguayos.

*
* *

Tuvo Artigas una breve experiencia de gobierno. Montevideo quedó en manos de los orientales, y Artigas actuó como el inspirador de una república ideal que se fundaba sobre la miseria que dejaron la guerra, el sitio, el abandono de los campos, la invasión de los portugueses. El buen caudillo, de tan pocas letras, tenía que dejarse guiar por el instinto. Sus ideales de independencia, —independencia de España, independencia de los brasileros, independencia del centralismo de Buenos Aires—, tenían que buscar un camino ilustrado para afirmarse en el pueblo, en su pobre pueblo de gauchos, de indios, de los miserables iluminados de la redota. La princesa Carlota había hecho llegar a Montevideo una imprenta destinada a hacer ambiente a sus proyectos en favor de Fernando VII: pidió Artigas que la imprenta se pusiera al servicio de la república. Fomentó el establecimiento de escuelas primarias, fundó la biblioteca pública. Se preocupó de la higiene y de distribuir vacunas. Pero a todo llevaba el sentido común de su propia formación en los campos. Temía que la república se convirtiera en un criadero de empleados que buscaran en las oficinas la blanda solución a su vida. No: el Uruguay era tierra de gente de a caballo, de hacendados, de labradores... y de pobres. "Es un error creer que los empleos en un país libre darán a nadie subsistencia: lo primero, porque siempre serán de poca duración, y



lo segundo porque en nuestro estado de indigencia jamás se podrá con el simple empleo aventurar la suerte de un ciudadano. Yo soy de parecer aproveche usted —le decía a alguno que le pedía empleo— la oportunidad de los terrenos que se están repartiendo en Providencia; pida alguno, y dedicándose a su cultivo hallará en él su descanso y el de su familia.”

Pensaban los del Cabildo que con impuestos podía remediarse la situación dejada por la guerra. Artigas les decía: “Los males de la guerra han sido trascendentales a todos. Los talleres han sido abandonados, los pueblos sin comercio, las haciendas de campo destruidas y todo arruinado. Las contribuciones que siguieron a la ocupación de esa plaza concluyeron con lo que habían dejado las crecidísimas que señalaron los 22 meses de asedio, de modo que la miseria agobia a todo el país. Yo ansío con ardor verlo revivir y sentiría mucho cualquier medida que en la actualidad ocasione el menor atraso.”

Sus ideas de gobierno las sacaba Artigas del aire, de esas noticias que circulaban como soplos de magia. Sabía algo de las luchas en el resto de América, de los esfuerzos de Bolívar, de la constitución federal de los Estados Unidos que en él despertaban la mayor admiración. Eran patentes las ambiciones de España, las de Río de Janeiro, las de quienes no tuvieron más escuela que el imperio y las monarquías. Algo también sacó Artigas de sus contactos de Félix de Azara cuando aún la idea de independencia no había entrado en su cabeza. Azara representaba la ilustración de los ministros de Carlos III, el espíritu revisionista de los Caballeritos vascos que desde Vergara proyectaban la redención de España a través de las Sociedades de Amigos del País. Azara, al ir a fijar nuevas poblaciones en la frontera entre el Uruguay y las tierras del Brasil, aplicó un criterio completamente nuevo, de naturalista y de acercamiento a los humildes. Artigas, madurando estas ideas, fue mucho más lejos. Proyectó la repartición de las tierras con sentido revolucionario, el más profundamente humano, el más cerca del corazón del americano despojado, que se haya enunciado en toda época. Aprestigia el valor de su iniciativa la circunstancia de que no hubo en ella viso de demagogia. Artigas no hacía discursos en la plaza. Aconsejaba en la intimidad a sus correligionarios. Y el *Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para Fomento de su Campaña y Seguridad de sus Hacendados* que sale de sus gestiones quedará como uno de los papeles más noblemente inspirados que jamás haya conocido nuestra América. Artigas quiso que *los más infelices fueran los más privilegiados*.

Se trataba en ese reglamento de distribuir terrenos y velar por la tranquilidad del vecindario. Había que fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Se revisarán, decía, en cada jurisdicción los terrenos disponibles, “y los sujetos dignos de esta gracia; con prevención que, los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia los negros libres, los zambos de esta clase, los indios; y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados en suertes de estancia si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de

la Provincia”. Se prefería los americanos casados a los solteros, y los americanos a cualquier extranjero. Quien recibiera tierra, tendría en el término de dos meses que formar un rancho y dos corrales. Claro que la ley era en favor de los republicanos. “Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos, y peores americanos que hasta la fecha no se hallen indultados para poseer sus antiguas propiedades.” Pero había que mantener un espíritu de justicia que no diera a la nueva ley aire de ciega venganza. “Para repartir los terrenos de europeos, y malos americanos, se tendrá presente, si estos son casados o solteros. De estos, todo es disponible. De aquellos se atenderá al número de sus hijos, y por concepto a que estos no sean perjudicados, se les dará lo bastante para que puedan mantenerse en lo sucesivo, siendo el resto disponible si tuvieran demasiados terrenos...”

Frente al indio llegó a donde no llegó Azara —que ponía en primer término la condición de que fueran cristianos— y superó a los más humanitarios teóricos de entonces. El pretendía que los indios tuvieran “el principal derecho”. Yo deseo que los indios, en sus pueblos, se gobiernen para sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros...”

*
*
*

Pero vino la invasión portuguesa. Esta vez la grande invasión. Artigas tenía en su mente demasiada república, para que no se levantara contra ella la corte de Río, prolongación espiritual de la España de Fernando VII. Doce mil portugueses cruzaron la frontera. Eran los “pacificadores”. Coincidió esto con la pacificación que Morillo iniciaba en la Nueva Granada para aplanar a venezolanos, cundinamarqueses y quiteños. El último esfuerzo del imperio español por aplanar a la república. Los que invadieron al Uruguay, eran “verdaderos soldados hechos al plomo de las balas de los satélites del gran Napoleón, venían bajo las órdenes del general don Carlos Federico Lecor, discípulo de Wellington, al que sirviera en Portugal, y culpable, en los comienzos de su pacificadora entrada, de muchísimos actos inauditos en que no faltaban ni el robo ni el asesinato...”

Artigas reunió a sus gauchos, acudió a los indios, movilizó a los blancos. Era la desesperada resistencia. Había que luchar en tierra y mar. Se le ocurrió hacer guerra de corsarios. Sus agentes dieron patentes de corso a marinos de Boston, Baltimore, Newport, Charleston... Las incursiones se extendieron a las Azores, a las costas de España y Portugal. Las presas se vendían en las islas del Caribe. A Bolívar escribió Artigas: “Unidos íntimamente por vínculos de naturaleza y de intereses recíprocos, luchamos contra tiranos que intentan profanar nuestros más sagrados derechos. La variedad de los acontecimientos de la revolución y la inmensa distancia que nos separa, me han privado de la dulce satisfacción de impartirle este anuncio.

Hoy lo demandan la oportunidad y la importancia de que los corsarios de esta república tengan la mejor acogida bajo su protección. . . .

Lecor tomó a Montevideo. Artigas tuvo que ir a hacerse fuerte en Maldonado. Todo conspiraba contra él, y su resistencia fue cayendo bajo la fuerza cada vez más grande del invasor. Cuando más grande parecía el poder de Lecor, propuso a Artigas la rendición. La respuesta que le envió con el mensajero fue esta: "Dígale a su amo que cuando me falten hombres para combatir a sus secuaces, los pelearé con perros cimarrones."

Contribuía a delibitar la posición de Artigas su desacuerdo con Buenos Aires. En las provincias, Artigas seguía siendo la gran figura del Protector de los pueblos libres. Para los que dominaban en la capital era el enemigo federal. Sólo San Martín le escribió: "No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos americanos; y lo más sensible es siendo todos iguales de opiniones en sus principios, es decir, a la emancipación e independencia de España; pero sean cuales fueren las causas, creo que debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros enemigos los españoles, quedándonos tiempo para trazar nuestras desavenencias sin que haya un tercero en discordia que pueda aprovecharse de estas críticas circunstancias."

En 1820 a Artigas, viejo jugador de naipes, no le queda carta que jugar. Someterse a los portugueses, jamás. Entregar el espíritu independiente de sus provincias, nunca. En silencio, se fue al Paraguay.

*
* *

Era el Paraguay un paraíso verde. ¿Y un infierno verde? La pálida silueta del doctor Francia comenzaba a hundir en el aislamiento y el silencio sus soledades. Francia aprendió en los libros de la Enciclopedia y en los comienzos de su carrera eclesiástica un arte de gobernar que perfeccionó en el ascético retiro de su biblioteca. Quería un Paraguay que no tuviera nada que ver con el resto de América, incorruptible, ajeno a la anarquía en que se debatían los estados vecinos, dominado por él, y sólo por él, el dictador perpetuo, el hombre sin par. Vagaban por el aire recuerdos de los jesuitas y de los comuneros. Los indios tocaban la misma arpa que en tiempos de las Misiones, y cantaban Cielitos y canciones heroicas. En las canciones se hablaba de un jinete que amaba a los hombres libres: José Gervasio Artigas. En el fondo popular, clandestinamente, algunos soñaban con los hombres libres. Odiaban, en silencio, la dictadura. Pero, ¿quién podría vencer ese frío de filo de navaja, ese poder forrado en pergamino, que era don Gaspar Rodríguez, Francia? Yegros era la esperanza.

Yegros había sido el compañero de Francia al iniciarse la república. Yegros, amigo de Artigas. Cuando Artigas pisó la tierra paraguaya, la ilusión de Yegros iluminaba sus ilusiones de luchador empedernido. Llegó Artigas con un centenar de amigos, pero, sobre todo, le acompañaba la sombra de un negro, Joaquín Lenzina, a quien llamaban Ansina. Ansina no más. Le llevaba cuatro años al caudillo, y le era fiel como un perro. Artigas lo había sacado de la esclavitud. Ansina hacía versos, cantaba, era el payador que divertía al caudillo, reía poniendo una gracia inverosímil a su humanidad de ébano y marfil. Cuando pisaron la tierra paraguaya, Ansina pensó en los diablos, en los brujos, en las yerbas. Pero miraba a la frente noble de Artigas, y le seguía.

Al entrar al nuevo país, salió a recibirles un escuadrón de húsares. Artigas les entregó su espada y su bastón. Iba confiado. Quienes le acompañaban, sus camaradas de armas, se abrazaron al caudillo y lloraron. Un presentimiento hizo amarga la despedida. El escuadrón de húsares preparó la marcha a Asunción. Sólo viajaron en las noches. Artigas no se atrevía a preguntar por Yegros. Si lo hubiera sabido todo, le habría subido el agua a los ojos. La revuelta de Yegros contra Francia fue descubierta al dictador, de miedo, por un fraile confesor. De acuerdo con su invariable sistema de gobierno, Francia agarró a Yegros y a sus amigos, y los fusiló. Artigas no llegó a Asunción a ver al Supremo Dictador, ni lo vio jamás. Quedó prisionero en la Celda de los Visitadores del convento de La Merced, incomunicado. Francia era exquisito en sus decisiones. A un condenado a muerte se le acercó, le enseñó cinco balas que llevaba en la mano y con una sonrisa helada y gentil le dijo: Escoge la que quieras para que sea la que te llegue al corazón. Apartó una el prisionero, y esa le entró derecho al corazón. El Dictador tenía gente de muy buena puntería. A Artigas le atendió con los honores debidos a un héroe de las montoneras, a un libertador, a un jefe de estado. Hizo que en el convento nada le faltase, y que se corriesen en torno suyo velos de silencio. En España y en el Brasil se dijo que Artigas había muerto. No tanto: apenas estaba metido en una tumba. De la Argentina, Francisco Ramírez escribió al dictador, con palabras llenas de afecto, pidiéndole la extradición de Artigas para llevarle a responder en juicio público, como a un criminal. No. Francia no dejaba a otros el papel de juzgar a los hombres. Su juicio era definitivo. A los seis meses de mantenerlo aislado en el convento, le destinó a una tierra de yerbales, en el interior. Si Artigas quería aire libre, vida del campo, que se fuera a la parroquia de San Isidro Labrador.

Otra vez montó a caballo el caudillo, y en marchas nocturnas hizo el camino. Lo nocturno era muy del gusto de Francia. Y siguió el Supremo Dictador siendo Exquisito. Le dio a Artigas un lote de tierra —diez cuadras— para que las cultivara. Artigas mismo se hizo su casa. Al principio le pasaban una onza de oro mensual para los gastos. Decía Francia que lo tenía bien guardadito, como tenían bien guardadito a Napoleón, los ingleses, en Santa Elena. Artigas uncía los bueyes, tomaba el arado y labraba su estancia. Le seguía su perro,

y, más fiel que su perro, Ansina. Ansina le hablaba en versos por la noche. El silencio era para los dos. ¿Qué sería de sus gentes? ¿Que del Uruguay? Recreaba Artigas sus primeros años, antes de la guerra, cuando se casó. Pensaba en su hijo. ¿Qué sabría su hijo de él? Cavó un foso en torno a su casa, para defenderla de los tigrillos, y de los indios. Formó un ható. Llegó a tener decenas de reses. Una peste las redujo a media docena. En la vida del campo estas sorpresas se resisten sin quejas, la fatalidad forma parte de la historia común.

Un día llegó a la chacra de San Isidro Labrador un francés. Monsieur Bonpland. Bonpland era el naturalista que amigo de Humboldt, había recorrido con él las tierras de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, la América Central, México. De regreso a Francia, Bonpland tuvo intimidades con la emperatriz Josefina que han llegado a suponerse amorosas. La emperatriz murió, y su miniatura rodeada de diamantes, la llevaba Bonpland como un talismán. Rivadavia le contrató para ir a Buenos Aires. Se apasionó por los estudios de la yerba mate. Estudiándola, cayó inadvertidamente en el Paraguay. Francia no dejaba ni entrar ni salir. Bonpland entró, y no pudo salir. Diez años quedó cautivo del Supremo Dictador. El Supremo era gentil: le dio el país por cárcel. Pudo moverse dentro de ese paraíso —infierno?— verde, y visitó a Artigas. Entonces supo Artigas que la Asamblea de 1825 había declarado al Uruguay independiente y libre de todo poder extraño. Conoció la constitución argentina de 1828, que era una carta de liberación. Besó este librito, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Bendito sea Dios —exclamó—: ¡Te doy gracias por haberme concedido la vida hasta ver a mi patria independiente!

En 1840 murió el Supremo Dictador. Hubo un momento de pánico y asombro en todo el Paraguay. Durante treinta años no se había conocido allí otro nombre. Los del gobierno provisorio temblaron por dos cosas: por la muerte de Francia, por la presencia de Artigas, Artigas tenía 76 años. Era un viejo labrador puesto bajo el signo de San Isidro. Los gobernantes enviaron a un posta, corriendo caballos día y noche. Llegó a San Isidro y entregó este papel a la autoridad del lugar: “Los representantes de la república por muerte con fecha del Excmo. señor Dictador de la República, prevenimos a usted que inmediatamente al recibo de esta orden ponga la persona del bandido José Artigas en seguras prisiones hasta otra disposición de este gobierno provisorio y dará cuenta sin dilación de haberlo así cumplido firmando con testigos.”

Durante seis meses estuvo en el calabozo, con cadenas, Artigas. Cuando salió, su chacra estaba enmontada, los animales habían desaparecido. Le quedaban el perro, el negro Ansina, y su caballo el Morito. Tres animales, todos nobles. Los ocho ojos se miraron humedecidos. Vino el segundo consulado. Se dio autorización a Artigas para que pudiera embarcarse con rumbo al Uruguay. ¿A qué podría ir el viejo? ¿A pedir limosna? ¿No estaba ya pegado a su chacra? Fue algo de lo que pasó a Bonpland. Cuando ya libre hubiera podido volver a Europa, no quiso Bonpland moverse de una chacra

donde formó hogar con una india. Artigas vivía con su perro, su caballo y su negro. Y sin camisa. Todo lo había perdido. Un día llegó a la chacra de San Isidro un chasque. Le llevaba 25 pesos y un atado de ropa. El viejo saltó de júbilo.

Artigas pasaba ya de los ochenta años, cuando subió a la presidencia del Paraguay Carlos Antonio López. El nuevo dictador admiraba a Artigas. La leyenda se había abierto camino en el mundo. Le propuso que fuese instructor del ejército. ¿A los ochenta años? No era posible. En todo caso le hizo ir a Asunción, le construyó una casa cerca de la suya, a siete kilómetros de la capital, en Ybiray. “La vida de Artigas en Ybiray —escribe Daniel Hammerly Dupuy— se desarrolla en un ambiente tranquilo... cerca de su casa había un curupicái que no daba mucha sombra y prefería hacer la siesta debajo de un umbroso taramú o del histórico ybyrapitá. Cuando iba a la orilla del río Paraguay se recostaba junto a un añoso ybiray, con excepción de los meses de diciembre y enero porque es uno de los árboles que lloran en esa época. Artigas, el amigo de la libertad y la democracia de los pueblos, mientras estuvo en Curuguaty fue el amigo de los pobres y los indios, y en Ybiray el amigo de los niños a los cuales les daba muchos consejos en forma de relatos...”

Un día llegó a verle un mozo de treinta años, espléndido de estampa: ¡su hijo! Tres meses conversaron de seguido... Un 19 de junio, en 1850 celebraron los vecinos los 86 años de Artigas. El negro Ansina, que tenía 90, lloraba de alegría. Pasaron tres meses. Le vieron la muerte en la cara. Pensaron en pasarlo a la casa de López. El viejo se rebeló: “Yo no debo morir en la cama sino montado sobre mi caballo. ¡Traigan el Morito que voy a montarlo!” Y le vieron que se le iba la muerte de la cara y le entraba la vida. Al otro día, en la madrugada, cuando llegó a llamarle el negro Ansina, no pudo despertarlo. ¡Se había ido al otro mundo!

Pusieron el cadáver en la caja, la caja en la carreta, y al paso de las yuntas de bueyes la llevaron al cementerio. Pasaron cinco años. Una comisión del Uruguay vino, exhumó los restos, y se lo llevaron a Montevideo. El negro Ansina, con sus noventa y cinco años, no lo supo. Cuando se dio cuenta, lloró así:

¡Escuché voces amigas
que me explicaron el misterio
se lo embarcaron a Artigas
los orientales del ministerio!

Se llevaron la piedra y los huesos
dejando la tierra colorada.
Se olvidaron los ministros esos
de algo que es mucho y es nada:

¡Olvidaron la sombra de Artigas!
¡Así dejaron al negro Ansina
como trigo perdido en espigas!

Allí volveré: ¡me echarán tierra encima!